



Viendo pasar los días (La mañana)

por Antonio
Iniesta



Al venir a la vida todos disponemos de un tiempo determinado que hay que vivir. Dios sabe cuándo se acaba nuestro tiempo y cómo se acaba para tanta gente que vivió al margen de un sentimiento religioso, o a lo más, de una manera tangencial al sentimiento cristiano.

Según he podido observar, venimos al mundo puros, con la misma pureza con la que se abre un capullo, a pesar de los genes, de la herencia fisiológica y de otras cosas de las que nos hablan los biólogos. Y no digo que no lleven razón, pero para mi artículo prefiero al niño tal como lo veo, libre de tantas taras sociales y de tantos egoísmos, que irá adquiriendo después viendo pasar los días, influenciado -ahora sí- por todo lo que le rodea.

El niño está adquiriendo sentimientos humanos, van aflorando en él todas esas ingerencias extrañas del mundo en que se desenvuelve -mundo de la casa, de la amistad, etc.-, está descubriendo el valor de las personas y de las cosas, se está formando a través de la enseñanza de los suyos, y que puede cristalizar en el amor. De aquí que la influencia del medio que le rodea sea base vital, importante para después enfrentarse a la vida que, dicho sea de paso, va a llegar a él de una manera maravillosa, a veces cruel, a veces sensitiva y emocionante.

Y de pronto, cuando el niño ha dejado los juguetes, cuando su carácter ha comenzado a perfilarse, cuando la adolescencia está ahí, a la vuelta de la esquina, se le acerca algo desconocido que va a soliviantar -yo diría cambiarla senda por donde caminaba para bien o para mal: el amor, ese presentido, ese ignorado, ese tiránico sentimiento dulce y exigente que nos puede traer la felicidad (?) a cambio de la entrega de nuestras vanidades y de nuestros egoísmos.

Es preciso que el joven aspire a las cosas, que sea un sano egoísta de lo que busca, pues de otra manera, por esta competencia a que nos vemos obligados, quizá sea un peón en este difícil

tablero de ajedrez movido a capricho por una mano que, a veces, queda oculta por la manga.

El mocito de ahora no es como era aquel joven de nuestra generación, pues la televisión es inductora de tantos malos ejemplos, nefastos por todas esas modas y modos copiados por la juventud, ellos y ellas, que se sienten liberados en el terreno familiar, donde las opiniones del patriarca de la casa son puestas en cuarentena por aquello de que cada uno tiene que vivir su vida. Los viejos -dicen- sólo disponen de un arsenal de desengaños, ese drama tremendo de la vejez, cuajada de soledad y de fracasos.

Pero el amor, este sentimiento univascular, este abrirse a la vida por el lado más interesante, pero también más doloroso, va dejando en los jóvenes una resaca que muerde los bordes de su felicidad, por miles de circunstancias; y entonces el amor cambia, no en su esencia, sino en su ciencia, y hacemos del amor ensayo, que va a privar al alma y a su almarío del placer espiritual de la renuncia, del placer de la primera entrega, del amor a través de Dios, cosa que ahora está en bancarota.

Llegamos al matrimonio -afortunadamente no en todos los casos- como una solución coyuntural en una ceremonia con Dios o sin Dios, pero siempre buscando una compensación, que para nuestra desgracia ya hemos dilapidado en el camino. Y entonces viene lo que viene: divorcio, mujeres maltratadas, separación y esos hijos en tierra de nadie, viendo cómo sus padres se destrozan. Y todo porque Dios no estuvo presente como invitado de honor en todos estos ajeteos de la vida. Para muchos, Dios ya no cuenta en el sexo, Dios es un estorbo, precisamente porque Dios no está de acuerdo con muchas de las cosas que pasan y nos las dice a través de los tropezones diarios. Nos habla en el drama que hemos provocado, en la angustia, en la mentira, en el adulterio, que es cuando el corazón herido puede recibir el aviso de

Dios. Pero ¡ay! estamos sordos y negados a todo lo que hay de tejas para arriba, porque -dicen- Dios está pasado.

Y aquí estamos, viendo cómo el tiempo se nos escurre como el agua por entre los dedos de las manos, y viendo también cómo ese joven se ha ido formando, primero en su casa y luego en la escuela, dos pilares fundamentales en la educación de los seres humanos... y siempre contando con el sentido común, que dicen que es el menos común de los sentidos.

Cada generación tiene que enfrentarse a circunstancias difíciles, falta de medios económicos, paro, etc.

La juventud siempre ha dependido de sus padres, pero ahora, esta dependencia, por los años que vivimos, la deja en la casa de los padres un tanto a la fuerza por estos problemas socioeconómicos a que antes me refería. Es un deseo natural el de esos novios que quieren llegar a su propia casa con todos los grifos funcionando, pero raras veces esto es posible, lo que deja en el paladar de los aspirantes a casados un regusto de fracaso.

Y así, burla burlando, nos hemos metido en el mediodía fisiológico, ese tiempo para derribar y construir y de lo que hablaré en un próximo artículo.

PRISIONERO

*Prisionero del alma, prisionero
como lo está el perfume de las rosas,
prisionero del cuerpo de las cosas,
prisionero de ti, que te venero.*

*Prisionero del beso, jardinero
de tu jardín, tu sol y tus mimosas,
prisionero del día que rebosas,
prisionero de ti, porque te quiero.*

*Bocanada del aire a mi agonía,
cuchillo que me abre y que me hiere
dejándome mentida mi alegría.*

*Rayo de luz en la mansión umbría
de este amor, que en soledad se muere,
y que espero recuerdes algún día.*